

## **Sábado 23 de mayo de 2020**

Jn. 16, 23b-28

*Pedimos una señal,  
Y Tú, te abres camino,  
por lo más espeso y profundo,  
de nuestra limitada geografía.*

*Pedimos una señal,  
Y tu amor, se posa suave y radicalmente,  
para indicarnos que el único signo creíble,  
es dar la vida.*

*Tú eres la señal,  
de eso, ya no hay duda.*

Siempre es posible “más”. Más entrega, ofrenda y compromiso. Ante los desafíos de la realidad es necesario el “más”, no podemos conformarnos con las respuestas de toda la vida, con él “siempre ha sido así”.

Servir de manera nueva, reinventarnos al ritmo del Espíritu y de los signos de los tiempos será siempre, una opción para los cristianos. Recrear las respuestas, pero no desde la ingeniosa creatividad del líder de turno, sino al ritmo de lo que en las situaciones concretas de la realidad el Señor nos va pidiendo.

Hoy el Señor nos recuerda: “Pidan y recibirán”. En este deseo de reinventarnos al ritmo del Espíritu, pidamos hoy, la gracia de reconocer que la fuerza esta en lo comunitario. Esta pandemia nos ha revelado, por ejemplo, la importancia de los otros en nuestra vida. Otros que, en lo cotidiano, eran invisibles a nuestra mirada, se han hecho, por la calidad de su servicio, vitales, necesarios. Si superamos esta crisis será gracias al servicio y la entrega de los demás.

Desde el mezquino individualismo, no se conquista nada en la vida, por lo menos nada que perdure. La clave está en lo comunitario, en ser con otros, en la sinergia y la red. En la búsqueda conjunta y la construcción colectiva.

La acción del Espíritu hace posible la comunidad, por eso a Él, pidámosle hoy esa gracia. En Él, tiene origen todo lo que es fecundo y eterno, aquello que llega como don y tiene poder para cambiar el rumbo de la vida.

El paso del Espíritu hizo de María, la llena de gracia y la condujo por senderos insospechados, aún a riesgo de que “una espada le traspasara el corazón”. El Espíritu le concedió fortaleza para permanecer en pie junto a la cruz y la hizo ancla en torno a la cual surgió la Iglesia.

Es Él quien va gestando en nosotros sueños, deseos, horizontes apostólicos. Él nos hace salir y nos da la gracia de no acomodarnos, de no paralizarnos ante lo incierto, ante aquello que no conocemos o no podemos planear o controlar. En Él, todo

tiende a lo comunitario y siempre se renueva el primer amor. Su impulso nos lanza más allá, a la geografía desconocida, a la frontera donde habita el más pobre, el inmigrante, el más enfermo.

Con sus dones todo lo adorna. No tolera la uniformidad y por eso hace en todos y en todo, el milagro de la diversidad. Lenguas, sensibilidades, colores, dones... Todo diverso y todo llamado a la unidad, todo plural y urgido de comunión.

En esta coyuntura social, económica y política de nuestros países, sigamos pidiendo el don de la vida y de la paz. Que, en este Pentecostés prolongado de nuestra historia, sintamos al Espíritu que actúa y hace nuevas todas las cosas.